

por Nícomedes Santa Cruz

CON la caída de Leguía terminaron mis largos años de gloria y opulencia entre mis compañeras del "Palais Concert" y el favoritismo de la flor y nata limeña. Con mis tres más próximas hermanas fui a parar a un callejón de la calle Mercedarias, en los Barrios Altos.

El viaje de traslado lo hicimos en carreta (primera vez en mi vida que viajaba en vehículo tan plebeyo), pero en medio de todo me consolé saber de la triste suerte corrida por nuestras otras compañeras: algunas fueron a parar en las casas malas de "El Huevo" y "Chivato".

Debo advertirles que nací en la Tierra de Strauss, allá por el noventa y tantos, llegué al Nuevo Mundo con doscientas cuarenta y mis compañeras, la travesía la hicimos en lujoso trasatlántico, desembarcando en el puerto del Callao una gris mañana invernal de 1921; aunque una noticia debe decir su verdadera edad, es fácil deducir que para aquella época, final de mi aristocrática vida social en el afrancesado local del jirón de La Unión, frisaba ya los treinta años.

Lo primero que hizo conmigo la plebeya gente del callejón de Mercedarias fue pintarme, ocultando para siempre mis naturales colores de vienesa sana y fuerte. No me separaron de mis hermanas, pero casi nos desconocíamos bajo esa capa de horroroso pintarrajeo.

Mi vals vienes, que algo había desfigurado ya la desafinada orquesta de cámara que animaba los téés del "Palais", aquí, en el callejón de los Barrios Altos, había devenido en algo raro, vulgar, sin la majestuosa cadencia que conociera la corte de nuestro Emperador Francisco José. Sin embargo, no me disgustaba de todo.

A los seis meses de mi nueva y decadente vida, llegó a casa un renombrado compositor criollo: Felipe Pinglo Alva; creo que se enamoró de una de las hijas del dueño de casa, pero más era el tiempo que pasaba en mi com-



Cuentos de mi Taita

LA QUE LLEGO DE VIENA

POR: NÍCOMEDES SANTA CRUZ

pañía. A su pretendido amor le compuso un vals que tituló "La Obrerita". Me gustó. A mí no me dedicó nunca nada, pero me convalido saber que fui factor invalorable para la inspiración de Felipe, a quien llegué a querer en silencio...

Una noche nos sacaron de casa apresuradamente y nos llevaron a otra del vecindario; no era primera vez que sucedía algo similar, siempre éramos solicitadas las cuatro hermanas, en fiestas y hasta en velorios. Se trataba de esto último, Pinglo había muerto. De la causa me enteré durante el velorio: tuberculosis pulmonar.

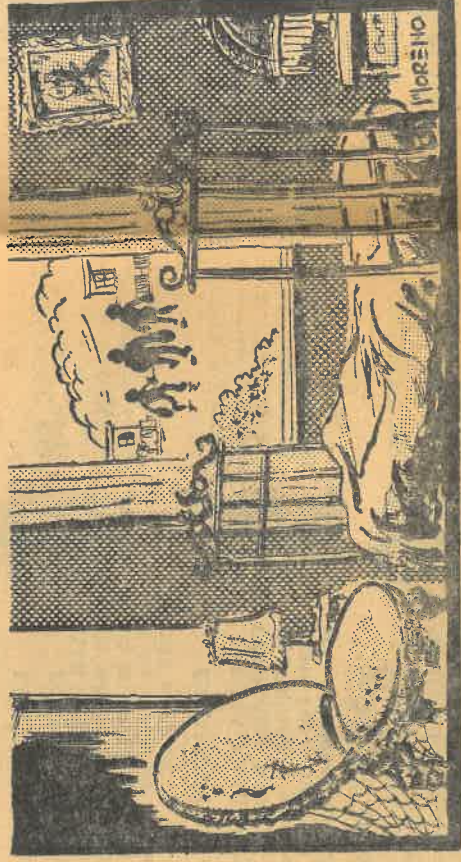
En 1938, la familia bajo cuyo techo me había acollado por irarrear sin descanso durante más de diez años, se vio en la triste situación de tener que abandonar el callejón, pues iba a ser demolido para construir un moderno edificio de departamentos.

Esta vez la mudanza fue en camión. Fuimos a vivir a La Victoria, a un callejón de aquella calle que tenía por nombre la fecha del aniversario italiano. Del antiguo alquiler de ocho soles

mensuales aquí la familia tuvo que pagar treinta, fuera de gabelas, pero la casa era más amplia y mejor conservada.

Fui compañera inseparable de don José María Lavalle, quien por poco me lleva a su casa sobre la oposición de la familia. Me codeé con lo mejorcito del "Alianza Lima": Alejandro Villanueva (que ya estaba enfermo), Víctor Guarderas Lavalle, Juan Quispe, Miguel Rostaing; entre otros deportistas conocí a "Bombón" Coronado, Mauro Garcés, Juan Bulnes; de mi gente antigua llegaron a casa don Manuel Quintana, los Azcues, Bartola, Monserrate (por ellos me enteré que habían muerto Alejandro Sáenz y Miguel Almenerio); aquí en La Victoria conocí a Alejandro Arteaga y a los inseparables Víctor Correa y Mañuco Covarrubias. Lo grande de esto es que ninguno de ellos pensó nunca que yo era de Viena; y es que yo estaba más criolla que el champuz de agrío o el sanguito de ñojú. Me sabía de memoria eso de:

"Poderoso rey de copas



embajador de Cupido, por esa mujer hermosa se ven los hombres perdidos".

Pero a veces me entristecía haber perdido a la más débil de mis hermanas. Un día la sacaron de casa y no volvió más. Esta pena mía vino a agravarse con una nueva mudanza, esta vez a Lince; calle José Gálvez, interior "4".

En Lince continuó mi alegre bohemia, pero ya los años me traían los primeros achaques. A esta nueva casa no llegó otra de mis hermanas: durante el trayecto cayó del camión en marcha, aunque se le recogió inmediatamente quedó en tal mal estado que comprendí que todo lo que se hiciera por ella sería inútil. Lo peor del caso es que yo sabía de antemano que en breve nos esperaba otra mudanza, porque si en La Victoria no había podido pagar la familia los treinta soles mensuales, menos podría pagarlo los noventa que valía el arriendo del cuartucho en el callejón de Lince.

Efectivamente, antes del año nos mudáramos a Azcona Baja (veinte soles mensuales, piso de tierra, sin gabelas, pero también sin luz, sin agua y con una negra acequia por desagüe. Aquí me pasado los veinte años más miserables de mi agitada vida.

Parece que durante este tiempo la familia hizo algunas economías (sacrificando la jarana). Han comprado un lotecito en una urbanización nueva de las afueras de la ciudad. Se mudan mañana. De las cuatro hermanas soy la única que queda; los he servido durante más de treinta años; les he brindado todo mi apoyo, en las buenas y en las malas, pero sé, positivamente, que esta vez no me llevarán con ellos; si los viejos vivieran, quién sabe, pero de estos muchachos no espero nada. Estoy coja, inservible.

Cuando ellos se vayan me dejarán en este baldío, junto a las rotas esteras, con las desportilladas bacinicas y los podridos colchones.

Entre botellas rotas, periódicos amarillentos y zunchos de batea, quedaré, muerta al sol, muerta a la lluvia, como lo que soy: una inservible "silla de viena".